

**Louis Althusser. ¿Qué hacer? Santiago, Pólvora-Doble Ciencia, 2022.****Camilo Fernández C.\***

El libro que nos ofrecen las editoriales Pólvora y Doble Ciencia, *¿Qué hacer?*, de Louis Althusser, es la primera traducción al español de un manuscrito inacabado del filósofo francés de 1978. El escrito se ubica en las convulsas discusiones teóricas y políticas que cruzaron a los partidos comunistas europeos en torno al giro estratégico que significó el eurocomunismo –del cual el PC francés, junto con el italiano, fue uno de sus principales promotores– y cuyos resultados tuvieron consecuencias de largo alcance para las izquierdas del mundo. Organizado en cuatro secciones, el texto se estructura a partir del problema político que está presente en la pregunta leninista ¿qué hacer? Es decir, el problema por la organización y orientación de la lucha de clase obrera, y las formas en que esta debe ser definida políticamente por el partido. Es esta cuestión la que Althusser desarrolla a partir de una extensa crítica a Gramsci, poniendo en juego todo su aparataje conceptual. Pero aunque la crítica lidia con elementos teóricos, el texto no es un escrito abocado a la teoría. Es antes que todo, y esto merece ser enfatizado, una intervención política.

La pregunta entonces es, ¿qué tiene para decirnos un texto de estas características, referido a debates ya tan lejanos en el tiempo, sobre nuestro contexto político actual? En lo que sigue, se aborda esta pregunta a partir de algunos de los elementos centrales desarrollados por Althusser en su libro, rescatando precisamente su carácter de intervención política. ¿En qué sentido? A mi juicio, el libro nos permite plantear una lectura crítica del proceder político-estratégicos de la izquierda actual, o de lo que hace algunos años se ha dado a llamar Nueva Izquierda. Repasar en detalle la gran diversidad teórica que fundamenta a esta izquierda excede las posibilidades de este comentario, pero en términos generales es posible identificar en su práctica política aquellos problemas que Althusser veía en la propuesta de Gramsci. Abandonado el marxismo, la izquierda actual se ha volcado a una comprensión casi puramente discursiva de la realidad social, descuidando en cambio la dimensión material sobre la cual transcurre la vida de los sujetos.

Un primer tema central del libro desarrollado en su sección inicial tiene que ver con un concepto clave en la obra de Althusser: la ideología. La sola presencia de este concepto constituye un punto ineludible de reflexión. En sus usos cotidianos, la ideología es actualmente un término que resulta sumamente vago e indefinido, utilizado más como arma arrojadiza que como categoría de interpretación política. Entre activistas y militantes de

---

\* Candidato a doctor en Historia, Facultad de Humanidades, Leiden Universiteit, Países Bajos. Contacto: cfc.15.90@gmail.com

izquierda, el uso del concepto es usualmente el de su versión más simplista: refiere a la simple irradiación de ideas desde arriba –de las clases dominantes– que las masas absorberían de forma mecánica. Esta lectura está presente en no pocos análisis políticos de la izquierda. Cuando los resultados electorales son adversos, la reacción casi natural es acusar las distorsiones de los medios de comunicación, que a veces parecen tener un poder mental omnímodo sobre los ciudadanos ordinarios que, sin percatarse, acaban por elegir aquello que va contra sus “verdaderos” intereses.

Althusser, por el contrario, nos recuerda la densidad y profundidad del fenómeno ideológico y, con ello, sus implicancias políticas. Está, por un lado, lo evidente, lo que las personas dicen creer de forma explícita y que usualmente se considera expresión de su “nivel de conciencia”. Pero, en la medida en que somos “animales ideológicos”, existe también el conjunto de ideas que tenemos sobre el mundo, que no requieren su explicitación verbal, pues se inscriben en cambio en nuestra propia actividad y práctica, en nuestra identidad, incluso en nuestro cuerpo. El problema, señala Althusser, es que las preguntas políticas suelen quedarse en el primer nivel, en la superficie, ignorando las ideas no manifiestas que mueven a los sujetos en su vida cotidiana y con las que ellos se identifican.

El ejemplo que proporciona Althusser refiriendo a un viejo documental político de 1977 sobre los trabajadores de la fábrica de Alfa Romeo es revelador de este problema. En un ejercicio propio de la época se interroga a los trabajadores de Alfa Romeo – caracterizados por su alto nivel de conciencia– por las cuestiones políticas más evidentes de su actividad y organización. En el documental, nos cuenta Althusser, se mostraba todo lo que los obreros hacían y sabían. Estaban al tanto de todos los detalles de la producción en su fábrica, de sus relaciones de explotación, de la reproducción de sus propias fuerzas de trabajo, etc. Pero todo esto se quedaba en lo que se veía y decía de forma explícita, su superficie. Nada se le preguntaba, dice Althusser, sobre una cuestión más fundamental: la misma producción en masa de automóviles. “¿Por qué entonces los trabajadores tienen automóviles, y en consecuencia necesidad de automóviles?”; “¿Por qué automóviles para los obreros?”. Los obreros no podían plantearse estas preguntas, pero sin embargo ellos *saben* la respuesta pues no solo producen los automóviles, sino que los utilizan a diario para trasladarse entre el hogar y el trabajo, con todas las ideas que están involucradas sobre las “necesidades” y “ventajas” de poseer un automóvil. Las preguntas, entonces, no pueden mantenerse en el nivel superficial, sino que deben penetrar el funcionamiento mismo del sistema ideológico, lo cual es una tarea política de primera importancia.

Este es un primer problema que se encuentra presente en la izquierda actual, con alcances quizás más preocupantes que antes. La Nueva Izquierda se mueve en el nivel de la inmediatez de la realidad social, y con ello ha quedado completamente desarmada cuando el pueblo le es indiferente, o peor aún, cuando opta por los proyectos políticos de sus adversarios. Un ejemplo de esto se observó en Chile tras el plebiscito constitucional del 4 de

septiembre de este año, cuando la propuesta de Constitución –supuesto epítome del progresismo– fue derrotada en las urnas. Las reacciones no se hicieron esperar. En un ejercicio inverso al documental de los obreros de Alfa Romeo, varios medios se aprestaron a exponer las razones falsas, ilógicas, o derechamente tontas, que votantes de sectores sociales populares –en la mentalidad de la izquierda debían ser los más interesados en la nueva constitución– presentaron para justificar su rechazo.<sup>1</sup> Sin descartar la efectiva falsedad de algunas de estas razones, es evidente que casi ningún dirigente o intelectual de izquierda intentó penetrar en los sistemas de creencias e ideas de las masas realmente existentes. Por el contrario, muchos “intelectuales” se solazaron en la “estupidez” popular que contrastaba con su supuesto acceso a los verdaderos mecanismos de la realidad social. Mientras, las preguntas políticamente decisivas aún están sin ser planteadas.

Este primer asunto nos lleva a la cuestión que ocupa gran parte de la reflexión de Althusser en el segundo acápite del libro: la crítica al concepto de hegemonía en Gramsci. Para Althusser, la ideología tiene una función clara: reproducir las relaciones de producción y, con ello, asegurar la estabilidad de la estructura, de un determinado modo de producción. En Gramsci, en cambio, el momento de la estructura está ausente, o relegado a una zona indefinida. Lo principal para Gramsci es entender la hegemonía como la articulación ideológica que permite el consentimiento y la cohesión de la sociedad civil, y su equilibrio con el poder represivo del Estado. Esto explica, de acuerdo con Althusser, el interés de Gramsci por el carácter puramente histórico de la hegemonía, las manifestaciones más evidentes de la articulación social, desatendiendo la necesaria relación que existe con el modo de producción que la sostiene. De lo que se trataría entonces sería simplemente constatar y describir los cambios político-sociales, los que sin embargo no tendrían mayor razón de ser pues no nos dicen nada sobre el propósito y la razón de ser de dichos cambios.

Hay en este punto un elemento importante para comprender las falencias de la Nueva Izquierda. Aunque los verdaderos alcances de la crítica de Althusser pueden ser debatidos, es cierto que al desatender el momento de la estructura material, Gramsci dejó abierta una ambigüedad que permitió una lectura completamente nueva del concepto de hegemonía, en donde ésta pasaba a entenderse como la constitución puramente discursiva de la sociedad. Como ha expuesto Perry Anderson, este fue el giro presente en la escena intelectual del marxismo británico de las décadas de 1960 y 1970, escena en la que surgieron quizás los referentes teóricos más importantes para la Nueva Izquierda, particularmente en los países iberoamericanos: Laclau y Mouffe. Rechazando el economicismo marxista tradicional, Laclau y Mouffe postularon que la constitución y significado de los objetos e identidades

---

<sup>1</sup> En los días posteriores al plebiscito abundaron entrevistas a personas comunes para demostrar que habían votado en base a mentiras. Solo a modo de ejemplo, puede mencionarse la del medio de prensa CIPER, que con poco decoro se enfocó exclusivamente en las comunas más populares de Santiago: <https://www.ciperchile.cl/2022/09/07/120-residentes-de-12-comunas-populares-de-la-region-metropolitana-explican-por-que-votaron-rechazo/>

dependía no de una posición de económica o de clase, sino de su pertenencia a un campo discursivo.

Aunque los propios Laclau y Mouffe se encargaron de despejar los equívocos que sus críticos vieron en su trabajo, descartando que la realidad social se redujera a su expresión discursiva,<sup>2</sup> no es menos cierto que esta teoría postmarxista tuvo repercusiones significativas en el aparataje político de la izquierda. Como indicase Eagleton, en estos autores “la categoría de discurso se infla hasta el punto en que «imperializa» el mundo entero, borrando la distinción entre pensamiento y realidad material”.<sup>3</sup> Reserva similar a la manifestada por Anderson, para quien en el posmarxismo de Laclau y Mouffe los motivos ideológicos aparecen “demasiado fácilmente desconectables de cualquier anclaje social”.<sup>4</sup> Al desechar la noción de sujetos como económicamente preconstituídos, lecturas como la de Laclau y Mouffe abrieron para la izquierda las puertas a su exceso contrario: considerar que todo elemento social es una mera constitución política contingente, discursivamente moldeable. Quizás extremando los argumentos de Laclau y Mouffe, aunque no por eso desatendiendo las visiones políticas de estos autores, la izquierda actual ha tenido no pocos problemas para concretar desde el poder políticas de cambio estructural real. En algunos casos, el afán por ligar discursivamente identidades sociales particulares ha sido en desmedro de las reivindicaciones “materiales” históricas, y muestran no poca perplejidad cuando es la derecha la que enarbola sin intrincados dispositivos discursivos esas demandas.

Pero debilidad profunda de esta concepción queda en evidencia al pasar al tercer acápite del libro: el contraste entre Gramsci y Maquiavelo. Para Althusser, mientras Gramsci había circunscrito el funcionamiento de la hegemonía casi exclusivamente al campo de la sociedad civil, quedando el Estado reducido en su mayor parte al empleo de la fuerza pura y dura, Maquiavelo habría comprendido el rol más profundo que tiene la fuerza en la construcción hegemónica. La fuerza en Maquiavelo, recuerda Althusser, no se limita a la fuerza del León, sino que incluye un tipo de virtud fundamental, representada en la figura del zorro, que Althusser lee como la capacidad de usar la fuerza y el consenso de acuerdo con las exigencias del momento. La fuerza, por tanto, puede tener efectos deseables para una determinada forma de consentimiento, lo que significa, siguiendo a Althusser, que el Estado, representado en la figura del príncipe, debe entenderse como una estrategia política de las clases en pugna. Y para que esta estrategia sea exitosa, se requiere que el pueblo la reconozca como suya, es decir, “que sea presentada, sea recibida por las masas populares y que ellas se reconozcan en la misma”, efecto que solo puede conseguirse mediante la ideología orgánicamente ligada al Estado.

---

<sup>2</sup> Laclau, Ernesto and Mouffe, Chantal. “Post-Marxism without Apologies”. *New Left Review*, 167, November-December, 1987.

<sup>3</sup> Eagleton, Terry. *Ideología*. Barcelona, Paidós, 2019, p. 318.

<sup>4</sup> Anderson, Perry. *La palabra H. Peripicias de la hegemonía*. Madrid, Akal, 2018, p. 110.

Desde mi punto de vista, las concepciones de hegemonía de la izquierda actual, que siguen a grandes rasgos las visiones estratégicas de autores como Laclau y Mouffe, son incapaces de proporcionar esa estrategia política que Althusser identifica en Maquiavelo al referirse al Estado. Esto, pues dichas concepciones descansan de sobremanera en el momento lingüístico de la estrategia, en su nivel más superficial, abandonando las condiciones y medios materiales para concretarla. De nuevo, el caso del plebiscito constitucional del 4 de septiembre en Chile fue, en parte, expresión de ese descuido. Los esfuerzos por presentar una estrategia política con la que el pueblo se pudiese potencialmente identificar fueron sumamente débiles. Esto es, no logró desarrollar una hegemonía en su sentido fuerte, anclada en la realidad social, material, práctica y, por ende, en el nivel más profundo de la ideología. Desatendieron la advertencia del propio Gramsci: una clase debe ser gobernante antes de llegar al gobierno. Por el contrario, la Nueva Izquierda parece tener dificultades con los mecanismos reales de gobierno y, a través de ellos, con el Estado, máquina cuya facticidad operativa no depende de las ideaciones lingüísticas de turno. Esto explica también el desmedido poder atribuido por la izquierda a la desinformación y a los medios de comunicación. Si la estrategia descansa en aproximaciones predominantemente discursivas, resulta lógico que el campo comunicacional cause especial mella a sus proyectos políticos.

Con lo anterior no se quiere sugerir que la línea seguida por Althusser sea la correcta. Es sabido que en muchos aspectos los postulados althusserianos han sido superados y, con el paso del tiempo, requieren la distancia crítica que exige el paso de tiempo. No se trata de volver atrás en el debate político. Esa posibilidad no nos está permitida, razón por la cual los cambios en la política de izquierda actual no pueden ser desconocidos. Pero justamente por eso, las concepciones actuales exigen un contraste crítico con las pasadas. Y en eso, el *¿Qué hacer?* de Althusser ofrece claves de lectura que posibilitan una revisión de lo que actualmente se da por sentado es el actuar político de la izquierda. Es, en parte, lo que el propio Althusser presenta, a modo de conclusión, en el apartado final del libro. En su momento, se pretendió con el eurocomunismo un avance democrático en la conquista de posiciones en la sociedad civil. Pero, carente de una teorización sobre la estructura material, la hegemonía gramsciana, al menos en la forma en que fue interpretada por sus herederos políticos, nada dijo sobre el poder del Estado. O aún más drástico en su exposición, el Estado sencillamente no existía, pues era pura superestructura, pura hegemonía. ¿Hasta qué punto la Nueva Izquierda no incurre en el mismo problema? La respuesta a esa pregunta está por ser formulada, pero lo cierto es que ni el Estado ni las formaciones sociales son fenómenos exclusivamente discursivos, cuestión con la que la izquierda presente y futura debiese comenzar a reconciliarse.

En definitiva, el libro constituye un insumo de gran relevancia para el incesante trabajo de crítica que exige la actividad política. Ese es, como se dijo al comienzo, la intención original del texto, y en ese ámbito mantiene una actualidad que justifica su publicación a más de cuarenta años de su escritura. Cabe señalar, no obstante, que por su

trasfondo conceptual el libro exige del lector un conocimiento previo de la obra de Althusser, sin la cual varios aspectos de su argumento pueden resultar de difícil comprensión. Este problema se agrava por la condición propia del manuscrito, que en varios pasajes se encontraba ilegible o incompleto. Igualmente, hay que considerar la posibilidad de que en varios puntos la dura crítica a Gramsci resulte injusta o excesiva. Sabidas son las condiciones en que el pensador italiano escribió buena parte de sus reflexiones, debiendo ajustar su profundidad y alcance a las postrísimas posibilidades que le ofrecía la cárcel y la censura. En este sentido, Althusser parece demandar al italiano una sistematicidad que no solo no estaban a su alcance, sino que probablemente no tenía intenciones de desarrollar. Pero así como los aportes conceptuales de Gramsci constituyen un elemento inestimable para una comprensión marxista del modo en que se articulan políticamente las sociedades, lo mismo puede decirse de la obra de Althusser en lo referido a los alcances de la ideología y el Estado frente a los desafíos de la época presente.